

LA ENCRUCIJADA DEL ESTADO AFRICANO EN EL SIGLO XXI. PERSPECTIVAS Y DESAFÍOS EN EL MUNDO MULTIPOLAR

***THE CROSSROADS OF THE AFRICAN STATE IN
THE 21ST CENTURY. PROSPECTS AND
CHALLENGES IN THE MULTIPOLAR WORLD***



Hilario Patronelli
Universidad Nacional de La Plata (UNLP)
hpatronelli@gmail.com

Hilario Patronelli es Profesor en Geografía (Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata —UNLP—). Investigador del Centro de Investigaciones Geográficas e Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales, UNLP. Profesor ayudante diplomado de la cátedra de *Geografía de Asia, África y Oceanía* (FaHCE - UNLP). Integrante del proyecto de investigación *Transición histórica-espacial del sistema mundial y América Latina. Crisis de hegemonía, dinámica multipolar y proyectos estratégicos en pugna desde una perspectiva multiescalar* (UNLP). Estudios vinculados a la Geografía Política y a las regiones del Atlántico Sur, África y Asia.

Juan Cruz Margueliche
Universidad Nacional de La Plata (UNLP)
jcruzmargueliche@gmail.com

Profesor en Geografía de la Facultad de Humanidades y Ciencias de La Educación (UNLP), Magíster en Paisaje, Medio Ambiente y Ciudad de la Facultad de Arquitectura y Urbanismo (UNLP). Especialista en Estudios Chinos del Instituto de Relaciones Internacionales (UNLP). Doctorando en Geografía de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la UNLP. Profesor Adjunto de la Cátedra *Geografía de Asia, África y Oceanía* y Ayudante en la cátedra *Geografía Cultural* (FaHCE-UNLP). Integrante del proyecto de investigación *Transición histórica-espacial del sistema mundial y América Latina. Crisis de hegemonía, dinámica multipolar y proyectos estratégicos en pugna desde una perspectiva multiescalar* (UNLP). Estudios vinculados a la Geografía Política y a las regiones del Atlántico Sur, África y Asia.

Resumen || El trabajo que aquí se presenta busca analizar la configuración y organización del Estado-Nación africano a través de sus limitaciones como espacio de representación socio-cultural, cómo así también acercando algunos debates al respecto. En ese sentido, se avanza con un recorrido de corte analítico-conceptual para poder comprender el funcionamiento del Estado africano. Se recurre también a recursos temporales para ir posicionando lecturas que no queden ancladas solo en el proceso colonial, sino que traten de comprender estas organizaciones políticas y territoriales en un *continuum* espacial que nos permita visibilizar sus cambios y permanencias. Por último, proponemos algunas instancias de reflexión sobre los desafíos que se le proponen (o imponen) a los Estados africanos en el siglo XXI en el marco internacional actual.

Palabras clave || Estado africano, Colonialismo, Territorialidades, Multipolarismo, Desarrollo extrovertido

Abstract || The work presented here seeks to analyze the configuration and organization of the African Nation-State through its limitations as a space for socio-cultural representation, as well as approaching some debates in this regard. In this sense, progress is made with an analytical-conceptual path in order to understand the functioning of the African State. Temporary resources are also used to position readings that are not anchored only in the colonial process, but that try to understand these political and territorial organizations in a spatial continuum that allows us to visualize their changes and permanence. Finally, we propose some instances for reflection on the challenges that are proposed (or imposed) to African States in the 21st century in the current international framework.

Keywords || African state, Colonialism, Territorialities, Multipolarism, Extroverted development

Introducción

El continente africano ha tenido que sobrellevar y sobreponerse a muchos problemas y obstáculos a lo largo de la búsqueda de una organización política representativa acorde a sus características políticas y culturales. Desde la irrupción del proceso colonial hasta la obtención de las independencias, África se ha dirimido entre “ser como el centro o ser como nosotros mismos” (Devés Valdés, 2011). En esa disyuntiva, la región ha sucumbido en manos de las recetas y designios del mundo occidental optando por salidas políticas y económicas de carácter extrovertido, transitando un camino entre problemas heredados como las fronteras artificiales del colonialismo y caminos elegidos como la configuración de un Estado Occidental comandada por una burguesía de la periferia (Fanon, 2009). En ese sentido, el continente se encuentra atravesado por configuraciones políticas en permanente tensión entre las necesidades, las realidades heterogéneas y la imposición del Estado-Nación africano.

Es por ello que, para poner en duda las capacidades del Estado-Nación africano, debemos reponer ideas emergentes en primer instancia del campo del pensamiento político-cultural. También, cabe aclarar que los problemas de representatividad política no son ajenos a otros territorios del mundo. Del pensamiento africano subsahariano han proliferado (aunque quizás tardíamente y con menor difusión) diferentes formas y maneras de pensar en las últimas décadas. Pero esta eclosión intelectual no tuvo un correlato inmediato en la reconfiguración del espacio político africano (Devés Valdés, 2011).

En ese sentido, el análisis sobre la temática requiere abordar las decisiones del Estado africano pos independencia, analizar la estructura cultural del proceso colonial, sus influencias y nuevos proyectos, como así también el lugar del continente en el marco de la Relaciones Internacionales.

Nos proponemos realizar un recorrido de corte analítico-conceptual (Estado, Estado -Nación, entre otras) para poder comprender el funcionamiento del Estado africano. Por otra parte, aprovecharemos la utilización de marcos temporales para ir posicionando lecturas que no queden ancladas solo en el proceso colonial, sino que, por el contrario, traten de comprender estas organizaciones políticas y territoriales en un *continuum* espacial que nos permita visibilizar sus cambios y permanencias. Por último, plantearemos algunas instancias de reflexión sobre los desafíos que se le proponen (o imponen) a los Estados africanos en el siglo XXI en el marco internacional actual.

El trabajo busca, además, salirse de la mirada afropesimista de la organización política africana, buscando comprender al Estado como una entidad construida y atravesada por un proceso histórico, situacional y global.

El Estado africano poscolonial: crisis y alternativas

Las transformaciones en el sistema internacional producidas por la Segunda Guerra Mundial van a dar lugar al contexto de Guerra Fría, en el cual se va a articular un discurso descolonizador que va a ser aprovechado por los movimientos de liberación africanos. El

principio de la libre determinación de los pueblos va a generar un margen de soberanía para que se produzcan los procesos de independencias en África, mayoritariamente desencadenados en la década de 1960. Es necesario aclarar que este discurso anticolonial por parte de Estados Unidos se fue moderando en función del avance del comunismo soviético, prestando apoyo a aquellos procesos mucho más moderados y que se manifestaran cercanos a Occidente.

La dirigencia política africana, envalentonada por los aires de liberación, buscó consolidar el proyecto de unidad continental que históricamente promovió el panafricanismo. Sin embargo, las discrepancias políticas terminaron dirimiéndose en dos grandes proyectos: por un lado, el Grupo de Casablanca liderado por el presidente ghanés Kwame Nkrumah, cuyo programa establecía la creación de los Estados Unidos de África, el cual ponía en tensión las fronteras establecidas por los colonizadores. Por el otro lado, el Grupo de Monrovia, encabezado por el presidente marfileño Félix Houphouët-Boigny, planteaba que las fronteras no debían ser modificadas y que cada Estado debía decidir sobre su soberanía y su inserción en el escenario internacional. Durante la creación de la Organización para la Unidad Africana (OUA), en 1963, la posición más conservadora del Grupo de Monrovia fue la que primó, sentando como objetivos primordiales el fin del colonialismo, la independencia y la soberanía e integridad territorial. De esta forma, se establece el principio de intangibilidad de las fronteras que da como resultado la actual configuración territorial de los Estados.

Este principio empieza a moldear la construcción del Estado-Nación africano, cuya herencia colonial lo hace artificial y exógeno. A diferencia del Estado europeo, primero se crea el Estado y después la Nación, lo que configura, en gran medida, la crisis posterior. Los grupos étnicos preexistentes fueron encasillados en Estados-Nación que dificultaron su armonización, dando lugar a nuevas estructuras político-territoriales, en mayor o menor medida consensuadas entre las antiguas metrópolis y la etnia mayoritaria. De esta forma se produce una segmentación y una división de los pueblos, donde lo étnico se consolida como el factor políticamente dominante. Si bien en un primer momento el sistema multipartidista propició una salida democrática, las dificultades para sostener el diálogo y la demanda de los grupos étnicos minoritarios puso en riesgo la estabilidad de los nuevos Estados, dando lugar a la adopción de un sistema de partido único, cuyos regímenes autoritarios o antidemocráticos buscaban salvaguardar los principios establecidos durante la creación de la OUA.

A esta matriz organizativa se la denomina, en gran parte de la bibliografía especializada, como *estadocrática* o *etnocrática* en África. O como Kabunda Badi (1994) denominó “democraturas”, cuya personalización del poder convirtió a los regímenes africanos en patrimonialistas y clientelares, desencadenando la crisis del Estado africano. Aquí debemos hacer algunas digresiones al respecto. En primer lugar, haremos referencia al Estado africano para abordar este espacio de organización política (considerando otras dimensiones también) bajo una expresión que hará referencia en plural. Sabemos las limitaciones del término, sus discusiones al respecto, como así también el encorsetamiento teórico y metodológico que conlleva abonar a una categoría que oficia de modelo homogéneo. Por otro lado, como sostiene Grimson, subestimar el papel del Estado en la vida cotidiana nos lleva muchas veces a caer en los “esencialismos de la hermandad”. Y eso es clave debido a que, muchas veces

(sobre todo en los medios de comunicación), solemos escuchar la ausencia del Estado africano y su incapacidad de controlar sus territorios y fronteras. Lejos de ello, los Estados construyen alianzas, disputas y procesos de (des)orden territorial a favor de intereses propios y ajenos (Grimson, 2011). Por último, debemos diferenciar a la entidad político-cultural denominada Estado-Nación con el Estado en sí. En un momento determinado del desarrollo del Estado (fines del siglo XVIII), en instancias en que éste necesitaba ampliar su marco de legitimidad, la Nación se constituyó en el fundamento social e identitario de su población. De esta manera, la burguesía, encaramada en el poder, hizo de la Nación el sujeto de la soberanía de su nueva estructura política. De esta manera buscó construir un ideal romántico y mediando entre los deseos de emancipación de las clases populares y el poder que ya detentaban (Dupuy, 2007).

Es por ello que, lo que propone (impone) el Estado y las configuraciones culturales de los territorios, conllevan crisis de legitimidad. Esta crisis se agravó en gran parte en la incapacidad de satisfacer las necesidades básicas de su población, provocando muchos problemas de gobernabilidad. El fracaso de los modelos de desarrollo autocentrado y extrovertido terminaron de allanar el camino para el retorno de las políticas neoliberales en el continente, que no solamente plantean reformas del Estado y una apertura económica, sino también la integración de África en el nuevo esquema de globalización como mero productor de materias primas, reforzando su incorporación al capitalismo periférico. Este nuevo Estado neocolonial, de carácter dependiente, artificial y heterogéneo “sustituyó una dictadura blanca por una dictadura negra” (Kabunda, 1994, p. 9).

En esta línea, para Kabunda Badi, África necesita un modelo de Estado híbrido, mestizo, mezcla de tradición y modernidad. Este gran intelectual africano (lamentablemente fallecido recientemente) centró sus estudios bajo un modelo compuesto por tres vías: el panafricanismo, la integración regional y la cooperación Sur-Sur. A lo largo de su producción intelectual, el autor sostuvo que los Estados africanos son excéntricos, ya que han sido creados desde fuera; y, por otro lado, exóticos, porque no se identifican con la población que habita sus territorios.

A lo largo de su prolífera literatura, Kabunda nos acerca tres momentos (metodológicos) para pensar alternativas al Estado occidental anclado en las entrañas del corazón político africano. Ante el fracaso político actual de un Estado deslegitimado y ante los fallidos intentos de integración regional en el continente, Kabunda propone un Estado mestizo o híbrido, apelando al afrofederalismo o, como lo denomina, los Estados Unidos Africanos. Este último estaría formado de la siguiente configuración político-territorial:

- Dos (2) Estados Bantúes: uno central con el Congo como centro y otro en África Austral con núcleo en Sudáfrica.
- Un (1) tercer Estado Nilótico. Tendría como referente a Etiopía que, junto con Liberia, han sido Estados que no fueron colonizados.
- Un (1) cuarto Estado Árabe – Bereber, que se extendería de Marruecos a Egipto.
- Un (1) quinto Estado en torno a Nigeria, ya que es el país más poblado de África Negra con 213 millones de habitantes.

Esta primera propuesta se enmarcaría en un plano de una mayor escala geográfica, buscando una primera etapa de regionalización político-cultural. Es decir, buscar las mayores coincidencias sin convocar demasiadas variables, ya que la gran heterogeneidad y diversidad que habita en África tensiona con la posibilidad de plantear una estructura contenedora delimitada.

Pero, antes de esta división, sostiene el autor que debemos realizar, además, un ejercicio analítico endógeno a través de dos procesos. El primero sería la desestructuración sobre la base del Estado predatorio heredado del colonialismo y, el segundo, la reestructuración del Estado, atendiendo a un espacio que logre contener y mezclar la modernidad con la tradición. Pero también, hacia adentro de estos cinco posibles escenarios de organización político-cultural, se deben pensar estrategias internas para consolidar dichas estructuras, ya que han sido cuantiosas las propuestas e instituciones creadas para llevar adelante una integración regional (real y efectiva), y el panafricanismo todavía aún sigue estando muy lejos de la realidad (Patronelli y Margueliche, 2015).

Kabunda (2002) lleva la discusión a un plano sociológico sosteniendo que en relación a la organización política-territorial fallida se da una dialéctica de legitimidades. Por un lado, el Estado tiene una legitimidad jurídica y política externa (no contenciosas y de carácter formal e institucional), y las nacionalidades tienen una legitimidad de carácter sociológica, interna y verdadera. Y lo que resalta es que ambas legitimidades buscan imponerse y deslegitimarse, alejándose de una salida consensuada. El autor evidencia que, para imponerse uno a otro, ambos espacios utilizan estrategias diferentes. El Estado, por un lado, utiliza mecanismos oficiales y oficiosos, como partido único, la imposición de una ideología unitaria asimilacionista, la violencia y el fomento de las luchas interétnicas, la corrupción de las elites y su cooptación. Por su parte, las nacionalidades suelen adoptar las estrategias de resistencia violenta o pasiva, mediante la desobediencia civil, entre otras (Patronelli y Margueliche, 2015).

Por otro lado, es interesante resaltar la obra *La vía africana. Viejas identidades, nuevos Estados*, del catalán Alfred Bosch (2000), quien sostiene también que ha fracasado el patrón europeo en el continente africano. Pero plantea que, a priori, quizás la discusión no sea si el Estado-Nación en África ha fracasado o si fracasa. El interrogante podría centrarse en porqué los Estados-Nación son estructuras político-culturales que perduran sin aparentemente tener fisuras. El autor sostiene que "África, las Áfricas, componen un paisaje demasiado rico y complejo como para embutirlo con calzador en un teorema, simpático y manejable" (Bosch, 1998, p. 116).

Según Ernest Renan, los grandes colectivos expresan su voluntad de vivir juntos a través de la unidad y, en ese contexto, es el Estado el único que naturalmente puede liderar semejante objetivo. Esta organización territorial propone la imposición de un andamiaje administrativo central y la construcción de una identidad compartida que convergen en el mismo punto (Bosch, 2000).

Por su parte, el antropólogo indio Arjun Appadurai (1996) sostiene que la producción de localidades, las movilidades humanas, junto con la crisis del Estado-Nación, estimulan el surgimiento de translocalidades y desafían el orden y el sentido de la actual configuración

político-territorial. Por otro lado, paradójicamente, para el Estado-Nación los movimientos humanos característicos del mundo contemporáneo son una amenaza tan peligrosa como los apegos de los sujetos locales a la vida local (Appadurai, 1996).

En síntesis, este recorrido teórico y analítico no solo refuerza la idea de que los Estados-Nación están atravesando (hace un largo periodo) procesos de crisis y tensiones, sino que, además, han logrado sobrevivir a las desvinculaciones políticas y culturales de los territorios. Como sostiene Haesbaert (2011), muchos Estados-Nación no representan en ningún momento el centro de la organización. Esta sólo se sirve como apoyo logístico de la estructura de algunos de esos Estados, en general naciones con una territorialidad debilitada, inestable, como Somalia, Sudán (con la más larga guerra separatista de África) y Afganistán, por ejemplo.

El autor sostiene que los Estados pueden articularse a través de dos territorialidades. Por un lado, los territorios-zona, los cuales aparecen centrados en dinámicas sociales vinculadas al control de superficies o a la difusión en términos de áreas (en general continuas) y recurren de manera prioritaria a límites más exclusivistas o a *fronteras* bien demarcadas. Por otro lado, existen los territorios-red bajo la lógica de control espacial mediante el control de flujos o conexiones.

Es decir que ese ejercicio de territorialidades (entendido como registros de control y poder sobre el espacio) que los Estados-Nación pueden ejercerles permite la subsistencia como organización política, ya que, por un lado, actúan sobre los territorios bajo el control férreo de sus fronteras impidiendo las movilidades, pero, por el otro, pueden optar por abrirse a las redes y articularse directamente con el exterior. En ese sentido, los Estados africanos logran imponer sus fronteras permitiendo un acceso restringido a determinados agentes sociales pero, a su vez, proponen una apertura selectiva al mercado o capital transnacional.

Lo cultural como plataforma política

En apartados anteriores planteamos la necesidad de analizar la estructura cultural del proceso colonial, sus influencias y nuevos proyectos. En ese sentido, debemos recordar que existe una vasta literatura que expresa las influencias del colonialismo cultural impuesto por Occidente, pero poco se menciona a partir de qué obras o autores el continente africano empieza a repensarse desde sus raíces y potencialidades. Lo cultural, tanto en la Relaciones Internacionales como en otros ámbitos, ha estado solapado por otras dimensiones. Para Gullo (2019), los procesos emancipatorios exitosos (procesos de construcción de soberanía real y todos los procesos de desarrollo autocentrados) fueron el corolario de la instrumentación de una insubordinación ideológica-cultural. Esta insubordinación se propone en contraposición a un orden ideológico establecido por el poder dominante, sumado a un impulso estatal adecuado que permite que el poder (los elementos de poder tangible e intangible de un Estado) se convierta en un acto concreto. Es a partir de estas ideas que la dimensión cultural de la política no debe soslayarse. Es por ello que queremos traer a este apartado dos propuestas

que son consideradas importantes.

En primer lugar, desde el ámbito literario, las literaturas coloniales del centro como las novelas, crónicas, ensayos, relatos, etcétera, trabajaron en la construcción de imaginarios y representaciones en los lectores europeos para acercar el mundo no occidental a sus esferas cotidianas y encontrar justificativo en la empresa colonial. Estas narrativas fueron modelizando no solo la cultura africana (bajo los ojos de Occidente) sino que también modelizó el espacio africano como territorio fértil y rico para su empresa extractiva.

Para encontrar un cambio en esos relatos, y sobre todo en los objetivos, se tuvo que esperar a la figura intelectual y literaria del nigeriano Chinua Achebe. Este escritor es considerado el padre de la literatura africana moderna y principal referente de los estudios poscoloniales. Achebe, con su obra *Todo se desmorona*, escrita en el año 1958, logró desarrollar una literatura de tipo reivindicativa y que, de alguna manera, ofició de un verdadero panfleto político. Esta propuesta literaria vino a confrontarse y a superar los aportes de las novelas coloniales, las cuales habían consolidado un paisaje humano sujeto al primitivismo absoluto. Esta obra abrió un nuevo espacio de análisis sobre la sociedad africana precolonial y permitió comprender que ese lugar de otredad que el mundo colonial le reservó era posible de cuestionar.

Desde una perspectiva académica, el primer libro publicado por un africano con el explícito propósito de reivindicar a la “raza” negra fue el de Jaimes A. Horton, *Países y pueblos del África Occidental. Una reivindicación de la “raza” africana*, en el año 1968. En esta obra, Horton apuntaba a mostrar que una serie de características atribuidas a la “raza” negra, de tipo biológico o cultural, no son reales. En el libro, esgrime argumentos para involucrarse en el ámbito discursivo para refutar a la antropología (tradicional) ya que no eran capaces de ver al continente africano con calma, quietud y mente desprejuiciada (Devés Valdés, 2011). Horton inicia su libro señalando que pretende probar la capacidad del africano para tener un gobierno político real e independencia nacional, afirmación que lo ubica como uno de los primeros en poner en cuestión la organización política, territorial y cultural del Estado-Nación.

Ahora, ¿por qué se incluyen estos autores con obras totalmente disimiles en un artículo que se ocupa de la situación de los Estados africanos en el siglo XXI? El justificativo se encuentra en que, si nos basamos en las narrativas, relatos y discursos actuales, vemos que uno de los principales problemas del continente africano es la falta de una perspectiva cultural deconstruida de los postulados occidentales. Y a esos elementos reivindicativos los podemos encontrar en otras matrices de pensamiento que se deben rastrear, reivindicar y debatir.

La inserción del África poscolonial en la economía-mundo

El proceso de descolonización africano no logró romper la configuración política-económica-territorial del colonialismo, sino que, por el contrario, terminó de moldear los desequilibrios regionales en el continente. El carácter exógeno del Estado poscolonial reafirmó una estructura productiva especializada vinculada al mercado internacional. Esta situación propició que la región sea vulnerable a las situaciones coyunturales. Por otro lado,

la desarticulación entre los espacios interiores y el establecimiento de economías de enclave rompió las solidaridades territoriales, potenciando y reafirmando el modelo de una economía extractiva.

La inserción forzosa de África en la globalización es posible gracias a los planes de ajuste estructural (PAE) establecidos durante la década del '80. Estos posibilitaron la liberalización del comercio y la inversión extranjera directa, provocando una desindustrialización del continente y una mayor especialización, que se traduce en que un 90 % de las exportaciones africanas correspondan a materias primas (Brunel, 2004).

El inicio del siglo XXI presenta nuevos desafíos y oportunidades para el continente, impulsado por un cambio del centro de gravedad político desde el Norte-Occidente hacia el Sur-Oriente. El surgimiento de nuevos centros de poder emergentes, entre ellos principalmente los BRICS (Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica) y el declive del polo de poder angloamericano-europeo van a configurar un orden geopolítico multipolar. Este nuevo orden global promueve el desarrollo de la cooperación Sur-Sur (CSS), siendo el objetivo contribuir a reducir las asimetrías territoriales y de desarrollo entre los países centrales y los periféricos. El escenario actual puede propiciar a África un modelo de desarrollo alternativo, diferente al ejercido de forma vertical por las excolonias, que aplicaban las recetas neoclásicas del desarrollo basadas en las ventajas comparativas del continente, por uno en el que el respeto de la soberanía de cada Estado, la igualdad y el principio de no injerencia en sus asuntos internos, la transferencia tecnológica, el desarrollo económico a través de la construcción de infraestructuras y nuevas oportunidades comerciales puedan favorecer a los países africanos. Si bien las relaciones entre China y África se remontan a la década de 1960, la creación del Foro para la Cooperación entre China y África (FOCAC), en el año 2000, marca el retorno del gigante asiático en el continente como un jugador global y un socio comercial estratégico, en una coyuntura en la que África había sido relegada por los principales polos de poder. A los problemas endógenos y crónicos de los países africanos se le suma las urgencias globales como la pandemia y la crisis ambiental; es por ello que este tipo de iniciativas constituyen un nuevo canal de diálogo para el continente, para, de esta manera, seguir fortaleciendo la multilateralidad y aprovechar la presencia de China para mejorar su accionar y capacidad de agenciamiento en la política exterior. Si bien la vía africana para el verdadero desarrollo y crecimiento sigue trunca o estancada, la presencia de China tiene que continuar siendo monitoreada por la región como una posibilidad concreta (Margueliche, 2022).

Este nuevo posicionamiento de África en el sistema internacional le da un mayor grado de autonomía, ya que al modelo único de desarrollo impulsado por Occidente le aparecen nuevas alternativas desde el Sur, que pueden cambiar el destino del continente. No es objeto de este apartado realizar un análisis geopolítico pormenorizado del continente, pero sí identificar la pérdida de influencia que tiene Occidente en el marco del multipolarismo como, por ejemplo, a partir de la irrupción de Rusia y China como socios estratégicos.

No es casualidad que, a partir del estallido bélico en Ucrania en febrero de 2022, el continente haya tomado una posición relativamente autónoma del conflicto. La resolución de la Asamblea General de la ONU que condenaba la invasión rusa a Ucrania (marzo de 2022) no

tuvo el apoyo deseado: 28 Estados africanos votaron a favor, 17 se abstuvieron, 8 estuvieron ausentes y Eritrea votó en contra, es decir, 26 de los 54 Estados africanos no acompañaron esta iniciativa. Para reforzar esta idea, en abril de 2022, en el marco de una nueva Asamblea General de la ONU, se decide si se expulsa o no a Rusia del Consejo de Derechos Humanos de la ONU, en la cual solamente 10 Estados africanos votaron a favor, 24 se abstuvieron, 11 se ausentaron y 9 votaron en contra (Argelia, Burundi, República Centroafricana, Congo Eritrea, Etiopía, Gabón, Mali y Zimbabwe). Según el Institute for Security Studies (ISS), un *think tank* africano, este posicionamiento de África (es el continente con menor proporción de condenas explícitas a Rusia) responde a una situación histórica. Para Liesl Louw-Vaudran, investigadora del ISS, “persiste un fuerte sentimiento antioccidental alimentado por el sufrimiento que provocó en África la época colonial, y que aún producen diversas maneras de neocolonialismo”, lo cual lleva a que cualquier voto positivo en la asamblea de las Naciones Unidas sea equivalente a “hacerle el juego a la Unión Europea o Estados Unidos”. Además, existen situaciones particulares de cada Estado africano, en las cuáles podemos distinguir a aquellos líderes que ven en Rusia un potencial socio comercial, otros que coinciden ideológicamente con un principio de no alineamiento y aquellos que han sido absorbidos por el Kremlin, donde la colaboración del Grupo Wagner, con el aprovisionamiento de armamento o su participación directa, es decisiva.

La influencia de Moscú es cada vez más notoria y, ante las sanciones económicas que impuso Occidente, ve en el continente nuevas oportunidades, con una clara estrategia vinculada a la cooperación militar e inversiones en el sector energético y minero, como también recuperar la influencia que otrora tuvo su antecesora, la Unión Soviética. El principio de no injerencia en los asuntos internos de los Estados suele ser una carta de seducción para los gobiernos africanos, que ven con buenos ojos el establecimiento de relaciones económicas y diplomáticas con el Kremlin. El retroceso de Francia en la región, con la retirada de sus tropas en Malí y Burkina Faso, son un claro ejemplo de esto, privilegiando su alianza estratégica con Rusia. El mundo está cambiando y África puede encontrar allí una nueva oportunidad.

Por otro lado China, con su discurso de *ascenso pacífico*, se presenta ante los países africanos como un par, promoviendo un desarrollo en el que ambas partes sean las ganadoras. Esto le ha permitido a los orientales incrementar el comercio y las inversiones, particularmente concentrados en la industria extractiva de materias primas, aunque también en gran medida en los sectores de la construcción y las telecomunicaciones. Si bien esto le permite a África contar con un nuevo destino para sus exportaciones y no depender excesivamente de Europa, esta situación puede convertirse en nociva. El riesgo suscita en que se vuelva a repetir el patrón tradicional de intercambio desigual, en el que África exporta materias primas e importa manufacturas, provocando lo que Fantu Cheru y Cyril Obi (citado por Lechini, 2013) denominan *colonialismo por invitación* o Kabunda Badi (1994) denomina *neocolonialismo ultra*.

Este nuevo escenario para África plantea más interrogantes que certezas. Lo que queda claro es que aparece una oportunidad histórica para redefinir su rol en la división internacional del trabajo, aprovechando la cooperación con los países emergentes. El desafío está en la dirigencia africana, que necesita consolidar un proyecto político de unidad que permita un desarrollo autocentrado en el marco de la integridad regional para, de esta forma,

tener mayores márgenes de negociación en la economía-mundo actual.

Los desafíos del Estado africano en el siglo XXI

El análisis sintético del apartado anterior nos permite visualizar algunos desafíos que tienen los Estados africanos en el siglo en curso. África está en constantes cambios, aunque vale la pena aclarar que este análisis general del continente no representa una mirada homogénea, ya que el objetivo de este artículo imposibilita realizar una indagación puntual de sus particularidades.

Una de las grandes problemáticas del continente ha radicado en las dificultades que ha tenido el Estado poscolonial en consolidar sistemas políticos democráticos y representativos de las mayorías, cuyo carácter autocrático y dependiente es el que ha predominado. Siguiendo esta línea, podemos ver las dos caras de una misma moneda: mientras en 2019 18 países africanos convocan a elecciones¹, a su vez más de una docena de líderes africanos modificaban su Constitución para poder continuar en el poder más allá del límite de dos mandatos, como también se daban una serie de golpes de estados suscitados en los últimos tres años, como ocurrió en Malí, Guinea, Chad, Sudán y Burkina Faso.

Sin embargo, la mirada afrooptimista está emergiendo en un continente que solamente aparece en los medios de comunicación con datos estremecedores de pobreza, conflictos interétnicos, guerras, *como si África fuese un país*. Es decir, en líneas generales, se asocian a que estas situaciones se repiten a lo largo y ancho del continente, desconociendo lo heterogéneo que es el mismo. Esto es lo que Said (2008) denuncia en su obra *Orientalismo*, en la que un “occidente civilizado” define y caracteriza a Oriente en función de su propia mirada (y necesidades).

Según los índices de gobernabilidad y democracia de la *Fundación Mo Ibrahim* (citado por Soler Crespo y Cuevas, 2019), estos, en líneas generales, han aumentado en el periodo 2008-2019, lo que genera que el continente sea más atractivo para recibir inversiones. Por su parte, el estudio de gobernanza elaborado por la fundación mencionada anteriormente prueba que, en la última década, en 38 de los 55 países los ciudadanos se han involucrado más en los asuntos públicos.

Sin embargo, la estabilidad institucional y el buen gobierno no evolucionan al mismo ritmo en todo el continente. Los registros de *Mo Ibrahim*, muestran cómo la diferencia se agranda entre unos y otros. En los últimos tres años, 28 Estados consiguieron su mejor resultado en términos de gobernanza, mientras que otros 18 obtuvieron su peor calificación. Estos datos muestran la heterogeneidad del continente y sus dificultades que tiene el Estado poscolonial en conciliar la diversidad de demandas por parte de la población. El carácter artificial del estado africano conduce a esta gran división en aquellos países que han logrado un progreso en la consolidación de instituciones más fuertes con aquellos en los que persisten

¹ Es necesario aclarar que, si bien se desarrollan elecciones multipartidistas, esto no es garantía de mayor democracia. Aquí entra en tensión el concepto de democracia liberal, el cuál no necesariamente coincide con la concepción del Estado africano.

prácticas neopatrimonialistas. En los primeros, la adopción de sistemas multipartidistas con su consecuente alternancia en el poder ha generado una mayor estabilidad democrática, aunque todavía frágil producto de las rivalidades étnicas y de las prácticas desestabilizadoras de las potencias extrarregionales.

La complejidad y diversidad que reúne África requiere de una mirada superadora, que refleje que las distintas realidades políticas, culturales y económicas puede variar enormemente de un país a otro. Por ello es necesario repensar el Estado africano, identificando las debilidades, pero, a su vez, reconociendo y consolidando las fortalezas. África está en continuo cambio y es un todo, es un continente en el cual persisten conflictos armados, gobernantes autoritarios, inseguridad alimentaria, migración forzada, pobreza extrema y corrupción; pero también, al mismo tiempo, posee un potencial enorme de mano de obra joven, con mayor acceso a servicios sociales básicos y con una economía en crecimiento, lo que amplía las posibilidades de que los efectos de ese desarrollo sean inclusivos. La consolidación de regímenes democráticos, junto con un mayor peso de la Unión Africana y las posibilidades que presenta el nuevo orden geopolítico mundial pueden ayudar a dar soluciones africanas a los problemas africanos.

Retomando la figura de Mbuyi Kabunda Badi, un soñador y luchador por la causa del pueblo africano, las posibilidades de desarrollo del continente están más vivas que nunca. Para ello es necesario deconstruir el Estado heredado de la colonización, que los pueblos se sientan identificados, siendo necesario hacer “coincidir las fronteras políticas con las culturales, es decir, el África de los Estados con el África de los pueblos, ya que no hay desarrollo sin un previo sentimiento nacional” (Kabunda Badi, 1994, p. 16). La cita de Kabunda tiene mucha potencialidad, pero requiere clarificar que esas identidades son múltiples y diferentes, y que se desarrollan sobre los territorios de manera muy particular. Esto se manifiesta en la configuración político-territorial propuesta con la creación de los *cinco grandes Estados* mencionada anteriormente.

Appadurai plantea la existencia de una geografía posnacional en la que diferentes actores ejercen sus soberanías sin territorialidad. Para este autor, a la aparición de fenómenos como los nuevos nacionalismos, los grandes movimientos migratorios, la producción de localidades, el surgimiento de translocalidades y la fuerza de identidades transnacionales, se suman viejos conceptos que aún no encajan en el proyecto del Estado-Nación. Es por ello que sostiene que, quizás, la mayor peculiaridad del Estado-Nación moderno fue la noción de que las fronteras territoriales podían mantener indefinidamente las fábulas de singularidad étnica (Appadurai, 1996b).

La democratización del poder es otro aspecto fundamental, en el cual la consolidación de la democracia multipartidista es un punto relevante pero no el único a tener en cuenta, ya que es necesario romper con las estructuras patrimonialistas y clientelares para favorecer la participación ciudadana. Esto permitirá la participación del pueblo en la definición de los objetivos del desarrollo y su concreción para, de esta manera, garantizar una verdadera representatividad.

Por último, es necesario promover el panafricanismo horizontal para lograr el desarrollo económico y la unidad africana a partir de una estrategia de autosuficiencia

colectiva estrechamente vinculada a un proyecto de integración regional autónomo que impulse una cooperación horizontal, priorizando el consumo intraafricano y aprovechando las complementariedades productivas, cuya meta debe ser la creación de una Comunidad Económica Africana, etapa previa para la institución de una Confederación de Estados Africanos.

Reflexiones finales

El trabajo buscó acercar reflexiones sobre los Estados africanos en relación al continente y su vinculación con el contexto internacional. Cabe decir que la temática reviste un desarrollo que requiere mayor exploración en el ámbito de las ciencias políticas, pero que no pueden distanciarse u omitir el debate territorial que su funcionamiento conlleva. Hace décadas que venimos escuchando a una infinidad de autores y autoras sobre la crisis del Estado-Nación a lo largo de diferentes territorios del planisferio. La mirada eurocéntrica (u orientalizada, parafraseando a Said) ha colonizado los debates —en un principio— y las lógicas de territorialización. El Estado africano se embebe de una doble lógica, que en parte se construye por herencia colonial, pero, por el otro lado, por la importación de estructuras organizativas extrovertidas. En la actualidad, el mapa político de los Estados se encuentra tensionado por lógicas discontinuas y fragmentadas que imponen los capitales transnacionales, a lo cual se suma, en los últimos años, una fuerte presencia de China y otras potencias.

Sin desconocer las problemáticas actuales por la cual atraviesa el Estado africano, no queremos dejar de destacar la mirada optimista y las oportunidades que transcurren para el continente en el siglo XXI. El nuevo orden internacional, en el cual las antiguas metrópolis han perdido influencia en relación con los nuevos actores emergentes, los procesos de democratización, el crecimiento económico y las posibilidades de mayor inversión abren la puerta para que África deje de ser un continente dependiente y periférico, para, de esta manera insertarse con mayor autonomía en la actual economía-mundo. El cambio está en marcha, pero será necesario articular las demandas de la sociedad civil con el Estado para generar un desarrollo autocentrado. Como sostenía Jauretche, “no se trata de cambiar de collar sino de dejar de ser perro”. Si esto se logra, el destino de África en el siglo XXI es prometedor.

Referencias bibliográficas

- Achebe, C. (2014). *Todo se desmorona*. De Bolsillo.
- Appadurai, A. (1996). *La modernidad desbordada. Dimensiones culturales de la globalización*. Editorial Fondo de Cultura Económica.
- Appadurai, A. (1996b). Soberanía sin territorialidad. Notas para una geografía posnacional. *Novos Estudos*, 49, 33-46.
- Bosch, A. (1998). *La vía africana. Viejas identidades, nuevos estados*. Ediciones Bellaterra.
- Brunel, S. (2004). El atraso africano: ¿crisis o fracaso? En S. Brunel (Ed.), *L'Afrique. Un continent*

- en réserve de développement* (pp. 12-35). Bréal éditions.
- Buffa, D. (2006). El África independiente: su inserción internacional bajo el paraguas de la Guerra Fría, la conformación del Estado poscolonial y sus estrategias de desarrollo. En D. Buffa (Ed.), *El África subsahariana en la política exterior Argentina. Las presidencias de Alfonsín y Menem* (pp. 29-62). Programa de Estudios Africanos, Centro de Estudios Avanzados, Universidad Nacional de Córdoba.
- Devés Valdés, E. (2011). *El pensamiento africano subsahariano. Desde mediados del siglo XIX hasta la actualidad*. Biblos.
- Dupuy, H. (1-2 de noviembre de 2007). La nación y un debate político-cultural en torno al territorio: el caso de los Balcanes Occidentales. [Ponencia]. IX Jornadas de Investigación del Centro de Investigaciones Geográficas y del Departamento de Geografía, Universidad Nacional de La Plata, La Plata, Argentina. http://www.fuentesmemoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.732/ev.732.pdf
- Fanon, F. (2009). *Piel negra, máscaras blancas*. Akal.
- Freixa, O. (13 de marzo de 2016). Panafricanismo, el sueño postergado. *El País*. https://elpais.com/elpais/2016/03/13/africa_no_es_un_pais/1457852400_145785.html
- Grimson, A. (2011). *Los límites de la cultura. Crítica de las teorías de la identidad*. Siglo XXI editores.
- Gullo, M. (2019). *La insubordinación fundante. Breve historia de la construcción del poder de las Naciones*. Biblos.
- Haesbaert, R. (2011). *El mito de la desterritorialización. Del "fin de los territorios" a la multiterritorialidad*. Siglo XXI.
- Horton, J. A. (1968). *Países y pueblos del África Occidental. Una reivindicación de la "raza" africana*. University Press.
- Kabunda Badi, M. (1994). La crisis del Estado y del desarrollo en África. *Revista de análisis sur-norte para una cooperación solidaria*, 14, 7-20.
- Kabunda Badi, M. (1996). El neocolonialismo en África. Sus formas y manifestaciones. *África, América Latina Cuadernos*, 24, 63-68.
- Kabunda Badi (2002). *África subsahariana ante el nuevo milenio*. Pirámide.
- Kabunda Badi, M. (2011). La cooperación sur-sur en África: el caso de los países emergentes. En M. Kabunda Badi (Ed.), *África y la cooperación con el sur desde el sur* (pp. 19-71). Casa África.
- Kabunda Badi, M. y Caranci, C. (Comp.) (2005). *Etnias, Estado y poder en África*. Gobierno Vasco.
- Margueliche, J. C. (2022). Foro de Cooperación China-África (FOCAC) ¿Cooperación para el desarrollo o nuevas relaciones para mantener viejas dependencias? En Centro de Estudios Internacionales para el Desarrollo, *Anuario 2021. CEID, un análisis del mundo desde el sur*, (pp. 12-16).
- Patronelli, H. y Margueliche, J. C. (2015). La violencia implantada. La cuestión étnica en África Subsahariana: El caso de la marfilidad en Costa de Marfil. *Cardinalis*, 4, 190-214.
- Sahuquillo, M. (2 de mayo de 2019). Rusia regresa a África. *El País*. https://elpais.com/elpais/2019/04/30/ideas/1556637150_076733.html?event=fa&event_log=fa&prod=REGCRART&o=cerrideas

- Said, E. (2008). Conocer lo oriental. En E. Said, *Orientalismo* (pp. 57-80). De Bolsillo.
- Lechini, G. (2013). China en África: discurso seductor, intenciones dudosas. *Nueva Sociedad* 246, 115-128.
- Santodomingo, R. (7 de mayo de 2022). África se resiste a tomar partido ante la guerra de Ucrania. *El País*. <https://elpais.com/planeta-futuro/2022-05-07/africa-se-resiste-a-tomar-partido-ante-la-guerra-de-ucrania.html>
- Shmite, S. M. y Nin, M. C. (Coords.) (2021). *África en la actual geografía transnacional. Territorialidades múltiples y actores emergentes*. Casa África.
- Shmite, S. M. (2004). *De las ideas eurocéntricas a la construcción del espacio africano*. Anuario N° 6, Facultad de Ciencias Humanas, UNLPam, 63-76.
- Soler Crespo, D. (25 de noviembre de 2020). Los golpes de Estado en el África del siglo XX. *El País*. <https://elpais.com/planeta-futuro/2020-11-24/los-golpes-de-estado-en-el-africa-del-siglo-xxi.html>
- Soler Crespo, D. y Cuevas, J. M. (2019). África se mueve. *Nuestro Tiempo*, 704, 6-17.

Fecha de recepción: 3 de mayo de 2023.

Fecha de aceptación: 26 de junio de 2023.